

LA DEMOCRACIA VENEZOLANA ANTE EL ESPEJO ROTO: UNA CIUDADANÍA ATRAPADA

Venezuelan democracy before the broken mirror: a trapped citizenship

Recibido: 25.08.2017
Aprobado: 12. 01. 2018

Antenor Viáfara M.

Profesor de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Instituto Pedagógico de Caracas. Miembro del Centro de Investigaciones Históricas Mario Briceño Iragorry. Correo electrónico: antenorviafara@gmail.com.

Resumen: El propósito de éste ensayo no será entendido como una reseña general de la democracia representativa o como ahora lo expresa la Carta Magna de 1999, participativa y protagónica, sino en reflexionar sobre los extravíos de la democracia y la ciudadanía. Ciertamente es que cumplirá sesenta años del Pacto de Punto, símbolo de acuerdos circunstanciales que dieron origen al sistema sociopolítico venezolano contemporáneo una vez derrumbada la dictadura perezjimenista el 23 de enero de 1958. Pero también motivo suficiente para pensar en torno a los avatares que entraña la construcción de la ciudadanía política y sus relaciones con las prácticas que definen el carácter *sui generis* e incluso mínimo que ha adquirido la democracia en los últimos tiempos, máxime cuando sus contenidos discurren entre imágenes opacas de un populismo moderado a uno autoritario de rancia extirpe, escatológico y mítico, cuyas características tutelares en ambos casos con sus diferencias, conducen en unos a la integración, en el otro a la desintegración de los órganos que permiten la convivencia política amparados por la visión rentista del Estado, así como a la desigual distribución del poder. Interesa apuntar en estas páginas tres aspectos a saber: en primer lugar, el consenso elitesco que reclama; segundo término la fragilidad democrática y la ciudadanía extraviada y por último la alquimia del poder popular, rasgos que han venido definiendo como elementos fundamentales el

carácter instrumental de lo que podríamos llamar sí vale el término como “democracia popular”, el reino de la antipolítica.

Palabras clave: Democracia, populismo, ciudadanía política y la alquimia del popular del poder.

Abstract: The purpose of this essay will not be understood as a general review of representative democracy or as now expressed in the 1999 Magna Carta, participatory and protagonist, but in reflecting on the misconceptions of democracy and citizenship. It is true that it will celebrate sixty years of the Punto Pact, a symbol of circumstantial agreements that gave rise to the contemporary Venezuelan sociopolitical system once the Perzjimenist dictatorship collapsed on January 23, 1958. But also enough reason to think about the vicissitudes involved in the construction of political citizenship and its relations with the practices that define the sui generis and even minimal character that democracy has acquired in recent times, especially when its contents run between opaque images of a moderate populism to an authoritarian one of rancid extirpa, eschatological and mythical, whose tutelary characteristics in both cases with their differences, lead in some to integration, in the other to the disintegration of the organs that allow political coexistence protected by the rentier vision of the State, as well as the unequal distribution of power . It is interesting to point out in these pages three aspects, namely: first, the elite consensus that claims; second, the democratic fragility and the lost citizenship and finally the alchemy of popular power, traits that have defined as fundamental elements the instrumental character of what we might call the term “popular democracy”, the realm of anti-politics.

Keywords: Democracy, populism, political citizenship and the alchemy of the popular power.

La libertad es la capacidad que tiene el hombre de elegir sus cadenas

Jean Paul Sartre

Introducción

El presente ensayo tiene como objeto reflexionar en torno a la democracia, el ejercicio de la ciudadanía sus extravíos y la alquimia del poder popular que sostiene al chavismo; no es poca cosa el asunto, porque nuevamente pecamos de cierta ingenuidad cuando los nuevos detentadores del poder nos retrotraen a episodios de la historia decimonónica, para blandir conceptos como soberanía, pueblo y poder popular, como si se tratase de una gesta heroica, mientras se desconoce la impronta de la democracia como forma de calibrar los antagonismos políticos y de la ciudadanía.

En cuarenta años o quizás mucho más, habíamos dejado en el olvido el poder originario del pueblo y la infeliz lucha contra los imperios; ahora con sesenta años a cuestas, el mito de Prometeo, la democracia, es sacudida por los temblores de un populismo rancio que se vale de una regla formal, el sufragio para suprimir las bases del sistema sociopolítico instaurado desde 1958 para quebrar en dos el carácter universal de la ciudadanía, polariza con una violencia disuasiva a la sociedad, la asfixia y sofoca para negar la existencia de aquello que había venido funcionando como factores de integración, de convivencia aunque en cierto modo tutelados por los partidos políticos, pero una relación tutelar que dejaba resquicios a la autonomía ante el Estado.

Con el chavismo, cambia la lógica del tejido social pierde terreno lo ganado por la ciudadanía e inmuniza en términos políticos a una parte de ella con la retórica de la democracia popular tras la cual se oculta la negación de la libertad política de unos, mientras propicia la articulación condicionada de las masas subordinadas a un falaz protagonismo legitimador del poder autoritario que se apuntala en la captura de las instituciones para convertir en archipiélago a sus contrarios políticos y a las organizaciones civiles que emergen del socavamientos de sus órganos representativos. A sesenta años de la democracia venezolana quedan muchas cosas por escudriñar, por lo tanto, su ba-

lance hasta ahora resulta aterrador, el fallecido líder de la “revolución bonita”, como lo repetiría en muchas ocasiones dibujo un mapa de confrontación, de guerra política en la cual hay que batirse con el enemigo, cosa que aún no ha cambiado. Como buen militar concibe la política como una oposición irreconciliable entre amigo-enemigo, es decir, contra la clase media, obreros entre otros sectores, el clero, el capital nacional e internacional y los órganos representativos de la ciudadanía, contrapuestos al aforismos del poder para pueblo.

La alquimia que presupone un poder pretendidamente homogéneo, rompe con el pluralismo social que propugna la democracia representativa, rechaza cualquier mecanismo de intermediación para extraviar el ejercicio ciudadano formal y no formal, para instalar una suerte de poder escatológico y mítico orientado fundamentalmente en las masas como una conexión de fe que media entre el poder popular y la domesticación que insufla el jefe supremo mediante la creación de mecanismo coacción que en vez de propiciar el retorno a la universalidad de derechos políticos, a la pluralidad los inhibe para cercar a la otra parte de la sociedad que no comulga con el proyecto del poder de ciudadanía popular que su figura encarna.

Finalmente consideramos como elementos para reflexión tres aspectos claves que podrían permitir abordar la actual crisis de la democracia venezolana, a saber: el consenso elitesco que reclama renta, la fragilidad democrática y la ciudadanía extraviada, y por último, la alquimia del poder popular, los cuales suponen ir más allá de lo que en apariencia nos muestra la realidad, pues el problema de fondo gira en torno a la aparición coyuntural del mito político como uno de los responsable del colapso de la democracia venezolana y de la incertidumbre que hace crujir al sistema político, sin que hasta ahora emerja una alternativa clara de recomposición del orden sociopolítico.

Punto fijo. Consenso elitesco que reclama renta

No se trata acá de llegar a un profuso elenco de lugares comunes, sino más bien de ahondar aunque someramente en algo que quizás pasó por debajo de la mesa en los análisis efectuados en las décadas siguientes al derrumbe dictatorial luego del 23 de enero de 1958. La democracia fundada desde entonces, articula condiciones prometeicas, con-

vertidas por virtud de los hechos en ofertas, demandas y consecuencias, grosso modo, no constituye precisamente problemas triviales ni, mucho menos cosa resuelta que debieron atenderse con el Pacto de Punto fijo; al contrario, ha tenido que afrontar alzamientos militares, subversión izquierdista en la década de los sesenta, en los años ochenta el silencioso movimiento de la noche de los tanques y por si fuera poco la rebelión popular del ochenta y nueve, además de las intentonas de golpe de Estado en febrero y noviembre de 1992. Todos estos movimientos han respondido a situaciones coyunturales prefiguradas a partir de fenómenos externos como los vaivenes de la lógica internacional del petróleo, las formas en que expresan las tensiones políticas regionales, y desde luego, lo interno, las políticas desarrolladas para poner en marcha el modelo económico que colapso en febrero de 1983, así como la puesta a prueba de los compromisos asumidos por los cinco actores fundamentales que habían suscrito los acuerdos sobre los cuales se sustenta el orden sociopolítico hegemónico refrendado en la Carta Magna de 1961.

El proyecto sociopolítico venezolano gestado a partir del Pacto de Punto Fijo, producto de la concertación entre cinco actores políticos a saber: Partidos políticos, FEDECAMARAS, Fuerzas Armadas, sindicatos, gremios e iglesia, en modo alguno exacerbaron las contradicciones de clases, más bien las ocultaron y canalizaron a través de los mecanismos de intermediación, en cuyos espacio de participación política adquiere sentido la praxis formal del ejercicio de la ciudadanía, constituyéndose el sufragio en el vertedero de las tensiones y disensos. Sin embargo, la decantación de las exigencias y demandas sociales pasaba y pasa por el rasero pendular de la renta internacional del petróleo administrada por los partidos políticos que ejercen funciones de gobierno, desde allí capturan la autonomía de la sociedad venezolana haciéndola depender de su dinámica. Según Carvallo y López.

Ésta estabilidad ha sido posible porque el modelo de desarrollo sobre el cual se afianzaban los pactos no había sufrido alteraciones sustanciales antes de la década de los ochenta. Este modelo económico tenía en la renta petrolera su principal fuente de recursos y su distribución, a través del Estado, que premiaba selectivamente a los distintos sectores de la sociedad, contribuyendo al desdibujamiento de los intereses antagónicos. (p.48.)

Es y ha sido la renta internacional del petróleo la balanza sobre la cual se mese el modelo sociopolítico y económico de la sociedad, cuyos ingentes aportes han sostenido la dinámica del juego democrático venezolano, así como las políticas públicas gestadas desde el Estado. Este asunto convierte al cuerpo social en reclamadores de renta, precisamente por la forma en que se ha internalizado en la conciencia colectiva y que se ha popularizado hasta ahora, Venezuela es un país rico. La connotación de esa frase, la expresa con claridad meridiana, Diego Bautista Urbaneja.

[...] la de que los venezolanos creemos que vivimos en un país rico, que a cada cual le toca gratis un pedacito de petróleo y de que si a uno se lo dan es porque otro se lo quitó. (p.18.)

El significado y los contenidos que ha ido cobrando vida desde el Pacto de Punto Fijo como un pensar colectivo, condicionaron y condicionan las relaciones tutelares orientadas desde el Estado, y los fines legitimadores del orden democrático. Ahora bien, los efectos que esto ha generado contradictoriamente a lo largo de poco más de medio siglo, paren de su propio torbellino movimientos de reacción o rechazo que en su espontaneidad secretan su propia “justicia” interna, lo por tanto, nadie se responsabiliza; hablamos entonces, de los sectores marginados, o para decirlo mejor, los sin vocación de clase, la masa humana fácilmente seducida por las promesas aduladoras de los líderes de cualquier tendencia política, quienes no garantizan la participación de estos en la toma de decisiones, ni mucho menos en la distribución de los sustantivos beneficios del ingreso nacional, solamente reciben migajas de ello o esperan alguna respuesta del Estado para satisfacer sus demandas, yace allí el quid del desenlace de 1999.

Los garantes del Pacto de Punto Fijo en sus largas décadas de funcionamiento no atinaron en medir las consecuencias de la desigual distribución del ingreso nacional, aunque advertencias las hubo por parte de algunos sectores de la sociedad, particularmente de las universidades y centros de investigación, hecha manifiesta en último cuarto del siglo XX. En efecto, afirma Luis Gómez Calcaño.

A partir de la crisis de los ochenta y noventa, se creyó que era posible cambiar las máscaras por el rostro real. En la crisis del rentismo petrolero, la sociedad venezolana se encontraba ante un dilema: o trataba de reproducir el rentismo o daba el salto para hacer corresponder la máscara con la realidad. El ajuste de 1989 significó un in-

tento de sinceración, para tratar de prolongar por algunos años más el seguir viviendo del subsidio. Pero los empresarios, sindicatos y la población en general reaccionaron en contra. [...] parecía orientarse la sociedad venezolana hacia nuevas formas de populismo. (p.322.)

Efectivamente, el tan desprestigiado populismo seguía sobreviviendo como una marca del rentismo, a pesar del intento por encontrar otra vía distinta centrada en el mercado, mientras la fragmentación social comienza a hacer mella en el modelo sociopolítico dificultando o haciendo cada vez más inviables la articulación de amplios sectores excluidos dentro de la esfera de la influencia de la sociedad; así pues, esa ciudadanía marginalizada no podía integrarse a los mecanismos de intermediación creados y debilitados por los hechos de corrupción, por el desencanto y por ese vaciamiento de significados y contenidos engendrados por los partidos del status quo. En sentido agrega Gómez Calcaño (Ob. cit.).

[...] la triada Estado-partido-pueblo, proveniente de la época del populismo temprano, comenzó a ser desafiada por el enfrentamiento entre el Estado y el ciudadano, en la cual el primero debe ser un servidor vigilado y limitado; mientras el partido y el pueblo pasan a ser superfluos. (p.324.)

El drama propiciado en la estructura del Estado rentista, después de la conmoción económica del viernes negro (18 de febrero de 1983), desnudó la incapacidad de éste para responder a las crecientes demandas sociales, pero también se hizo manifiesto el derrumbe de los pactos que habían dado lugar a la democracia de partidos. Las dimensiones que ello implicó encuentran asidero en las reformas propugnadas por asociaciones autónomas fundadas por la ciudadanía en el fragor crisis, las cuales son impulsadas desde la COPRE, en ellas se pretendía, entre otras cosas, racionalizar el poder centralizador de los partidos, sobre todo en lo electoral y regional, pero además transformar el modelo económico.

Las consecuencias que esto presupone, si bien demostraron y demuestran la recuperación de espacios públicos para el ejercicio real de la ciudadanía, también advierten la necesidad de reclamos, de reorientaciones del modelo sociopolítico y económico que respondiera a los retos de una realidad menos dependiente de la renta, sin embargo, los signos de la antipolítica comenzaban a aparecer en la medida que se desestimaban las

propuestas de transformación y se imponía los intereses que rodeaban a los partidos del status quo, haciéndose menos refractaria la sociedad ante las desviaciones en que incurría la democracia bipartidista, pues sus órganos corporativos y civiles aún no estaba maduros como para desprenderse de su concepción rentista. En este particular, señala Andrés Stambouli.

De la capacidad que demuestre la sociedad civil para ejercer de manera responsable el poder social que reclamó y obtuvo, dependerá también, en gran medida, la recuperación de la política y de la democracia. (p.223.)

Es allí donde está el quid de la democracia que se quiere, de aquella que requiere una sociedad autónoma ante el Estado, libre de pactos elitescos, pero fuerte para entablar acuerdos globales intra sociales que permitan afianzar no sólo los derechos, sino los deberes y obligaciones como ciudadanos.

La fragilidad democrática y la ciudadanía extraviada

Sesenta años de democracia representativa, llámese ahora participativa y protagónica como bien lo expresa la Carta Magna de 1999, no son poca cosa, adjetivos que contienen al parecer una idealidad poco común en Latinoamérica, cuando se alude al orden justo, pero un “orden justo” que se desvanece cuando se produce un orden cerrado como al estilo del desmembrado Pacto de Punto Fijo, o el de ahora que no necesita de acuerdos consensuales, sino que el personalismo juego al “poder del Pueblo” con visos fascista y rancio populismo, como el que encarna en la actualidad el chavismo, cuyo centro de sustentación lo constituyen los jefes militares y las masas disponibles, donde los primeros ocupan los espacios burocráticos dejados por los partidos para negar o limitar los espacios de participación y reclamos de la ciudadanía para desnaturalizar los canales de intermediación básicos que han caracterizado el juego democrático.

Las características que esto comporta tiene entre sus orígenes la diferenciación entre quienes tienen plena conciencia política de sus objetivos para controlar al Estado y quienes carecen de organizaciones civiles, autónomas lo suficientemente sólidas para

servirle de contrapeso político; hablamos entonces, de las fronteras que presuponen el ejercicio y acceso a la ciudadanía política. En el primer caso, la democracia representativa tuteló los cauces de la sociedad civil mediante los órganos de intermediación, es decir, estableció las coordenadas que limitaron las fronteras entre los ciudadanos y los no ciudadano, unos partícipes limitados de las demandas sociales y políticas, beneficiarios de la renta, y otros fuera de ella; el segundo, ha pretendido reivindicar a los no ciudadanos, aquella masa humana disponible sin identificación con clase alguna que apenas ha logrado recibir migajas de la ingentes recursos, objetos susceptibles a los dictámenes del discurso populista insuflado por ese capital simbólico cuasi religioso del líder.

Ciertamente, en el segundo caso, se pretende falsear esa especie de democracia directa tutelada que encarna el líder carismático, con una de sus frases mesiánicas, “darle poder al pueblo”, o como en aquella “voz del pueblo es la voz de Dios”, como nunca antes lo escatológico comienza a ser parte del juego político venezolano, se reivindica o se construye una especie de dualidad identitaria entre el chavismo y el pueblo, para bien o para mal les reconoce su parte de la renta petrolera.

Frases que han calado hondamente en los sectores marginados como telón de fondo, para servir de soporte legitimador al círculo de poder actual, para aún más, para desconocer y desmontar o neutralizar a los órganos políticos que sirvieron de base al Pacto de Punto Fijo. Ahora bien, al parir la democracia representativa su propio engendro, éste no ha dejado de cometer algunos errores excesivos derivados de la dependencia a ultranza de la renta petrolera como había ocurrido en tiempos de bonanza, doméstica, compra y quiebra moralmente a una población marginalizada proclive a las inclinaciones autoritarias, pero también pretende hacer lo mismo con la otra parte de la sociedad a diferencia de lo que no habían hecho los partidos del bipartidismo, el actual gobierno, no media, impone, crea los mecanismos para dividir a la sociedad, para fragmentarla y enfrentarla.

Al asumir el chavismo el control del poder establece dos mecanismos que les son propios; el primero de ellos, la antipolítica con ésta, rompe con los acuerdos que dieron soporte a la democracia puntofijista, para reemplazarlos por decisiones personales justificadas ante las masas en los discursos a propósito de los recurrentes eventos consultivos y en el revocatorio del año 2003, época de bonanza petrolera. Según David Myers.

Los líderes bolivarianos combatían por quienes habían sido “explotados” gracias al régimen político anterior. [...] En otras palabras, el gobierno de Chávez reemplazó destinada a suprimir los conflictos de clase (los términos del discurso político que preferían los puntofijistas) por llamados a los menos privilegiados para unirse contra aquellos que habían prosperado entre 1958 y 1998. (p.15.)

De tal manera que la política se reorienta hacia estos sectores sociales, donde los enemigos a vencer son los partidos tradicionales, la cámara de empresarios, la clase media y los Estados Unidos, beneficiarios directos del puntofijismo, según lo expresa la verborrea oficialista, aspectos que han servido de base a las inclinaciones autoritarias de competencia, cuya expresión se manifiesta en las recurrentes refrendas electorales con las cuales legitiman el poder. El segundo factor, se resume en la unión Estado-sujeto en el poder, no establecido en la Constitución de 1999, esta relación convierte al líder carismático en el vertedero de las demandas sociales de los sectores disponibles, sumado a la diáspora de las instituciones partidistas tradicionales y al control de las instituciones logrado posteriormente, esto ha permitido la instauración de una línea que no delimita claramente la separación entre el Estado y el Presidente, sino que se contiene. En una cita de Jennifer McCoy y Myers, se señala lo siguiente.

La Revolución Bolivariana de Hugo Chávez, [...] No delimita claramente el Estado del partido de gobierno, crea mecanismos de democracia directa, mientras que debilita los mecanismos de democracia participativa e involucra ampliamente a los militares en la formulación y ejecución de políticas públicas. (p. 4.)

Aun cuando parece esto una virtud para el actual gobierno y su alianza con el estamento militar de alta jerarquía, al mismo tiempo representa una vulnerabilidad condicionada por la dinámica internacional del petróleo, la eficiencia en la formulación de políticas públicas, el manejo de los recursos provenientes de ésta, y una distribución del ingreso nacional manejada discrecionalmente sin control alguno por parte de la Contraloría General de la República para satisfacer el cada vez más dispendioso desiderátum del líder para insuflar sus anhelos mesiánicos en las masas marginadas, en detrimento de la otra parte de la sociedad, quienes con sus organizaciones civiles no corporativas en buena medida han respondido espasmódicamente para hacer valer sus derechos civiles

y políticos, además de rol del ejercicio activo de la ciudadanía, más allá de lo que presupone su exclusión del modelo sociopolítico post Punto Fijo.

La superposición entre el Estado y el líder carismático, plantea para sus adversarios formas distintas de hacer política y de redefiniciones de la democracia como mecanismo de convivencia pacífica de los conflictos; sin embargo, el asunto al parecer no entra por ese redil, la ciudadanía política a través de sus órganos civiles ha emprendido reclamos, demandas que han comprometido la estabilidad del régimen, para diluirse y desorientarse ante la ausencia de claridad y descredito de la actual dirigencia opuesta al gobierno, mientras son presa de la brutal propaganda antipolítica desplegada por el chavismo; sin embargo, sus respuestas ante los extravíos o debilidad de la democracia parecen una constante en situaciones coyunturales, recuérdese la reacción de los notables encabezados por Arturo Uslar Pietri durante la crisis institucional del 1992 orientadas a mantener el orden constitucional, y aquellas manifestaciones de rechazo al chavismo durante la polémica de las leyes habilitantes, la reforma del sistema educativo, el revocatorio o la huelga petrolera del 2002 que culminó con la momentánea caída del líder de la revolución bolivariana y su oscuro retorno al poder, el 13 de abril del mismo año.

Los eventos coyunturales que se han ido generalizando desde la elección de la asamblea nacional constituyente, pasando por los acontecimientos de 2002, hasta los sucesos de 2017, marcan un hito de resistencia de los órganos civiles de la clase media y otros sectores sociales, principalmente en Caracas y en otras ciudades de Venezuela; sin obstante, por las características propias que encarnan estas manifestaciones de descontento, las mismas dan cuenta de un elemento común, la ausencia de vocación de poder y las tensiones entre estas y los partidos políticos de oposición que no logran un mínimo consenso para estremecer los cimientos del chavismo. Más allá de las fricciones entre las organizaciones civiles y las corporativas “partidos”, la ciudadanía se enfrenta a la diáspora que supone la orfandad de un liderazgo claro, pero aún más, no muestran un discurso que enganche la afinidad emocional y la participación de un elemento clave como lo son los sectores marginados, quienes ven materializados en el Jefe sus anhelos y deseos políticos, económicos y sociales mediante las relaciones clientelares que entraña la ficción de la soberanía popular.

Ante la acción de la ciudadanía, antepone el chavismo su manido decálogo ideológico sin reemplazar en sus discursos y acciones al “pueblo”, pero un pueblo que no entiende uno de los elementos claves de la democracia, es decir, la aceptación y respeto por las leyes como garantía del orden social, el consenso, los acuerdos que sirven de garantía a la paz y al pluralismo, aspectos que se reducen a la efervescencia de las palabras del “mesías”, quien polariza, pero además desconoce y debilita a la otra parte de la ciudadanía, ahora excluida del proyecto de gobierno.

El chavismo como parte de la herencia del populismo latinoamericano, apela a la subestimación de la otra parte de la sociedad, aquella beneficiaria de la renta en los tiempos del bipartidismo, golpeada ahora por el desgobierno, presa de la desconfianza, descredito y torpezas de la dirigencia política para desembocar en una relación pendular que se debate entre el repliegue social y las tensiones en la esfera pública. En efecto, afirma Isidoro Cheresky,

[...] la expresión ciudadana se replegara sobre la condición social, pero no puede ignorarse que la *subestimación de la condición política en provecho de la condición social tiene otras raíces, no circunstanciales, en la tradición populista.* (p.157.)

Efectivamente, el asunto no es circunstancial, la activación de la ciudadanía y su resistencia ante el autoritarismo, acrecientan las debilidades del gobierno, pero no apunta al toque final; en cambio para el actual régimen su tendencia es hacia episodios concretos dirigidos al debilitamiento y subestimación de la otra parte de la sociedad que no comulga con sus designios, a diferencia de lo que había ocurrido durante buena parte de los cuarenta años de la democracia representativa y su tutelaje sobre los órganos de lo que podría denominarse sociedad civil. No obstante, cabe aquí precisar un aspecto que resulta de extraordinaria importancia para comprender el centro o al menos uno de los factores que generan tensión entre este populismo de nuevo cuño representado en el actual gobierno y lo que representaba la democracia puntofijista, se trata, de la aceptación, reconocimiento y tolerancia al acceso desigual del poder, sin afectar el orden establecido e igualitario que permitía la formalidad democrática como proceso de integración relativa entre los ciudadanos.

Con el ascenso al poder del chavismo se desconocen tales presupuestos, sus inclinaciones antidemocráticas, la oscura postura ideológica que asumen han despertado el interés político en las masas desencadenando el pugilato entre las clases que se había mantenido silenciado, pero ahora cobra gran calentamiento sin llegar al enfrentamiento abierto, todo ello por la forma en que se ha despertado la diferenciación social entre los ciudadanos, y ente aquellos que inconscientemente desconocen sus derechos y deberes para con ellos y la sociedad.

El líder de la revolución bolivariana, exagera las diferencias en el seno del cuerpo social, conociendo el potencial de reacción de la ciudadanía demócrata, arrincona a sus organizaciones civiles, desarticula los procesos de cambios, reformas y opciones económicas que esta presenta, por considerarlas contrarias al confuso modelo sociopolítico bolivariano, sin desprenderse, desde luego, de la formalidad que reporta los llamados recurrentes a consulta electoral. Este mecanismo democrático, les sirve de ensayo para motejar su concepción democrática popular, y por añadidura antepone su propia concepción de sociedad civil; también allí polariza sus significados, adula a sus electores y los eleva a la categoría de esta, para darle continuidad a una disgregación que desafía el carácter universal de la ciudadanía en su contenido plural, como si tratara de una parcela domesticada. Veamos cómo lo expone el Presidente Chávez el 27 de agosto de 2000.

[...] la sociedad civil, ya lo he dicho, se ha pronunciado en siete repetidas cargas de caballería: 8 de noviembre, 6 de diciembre, 25 de abril, 25 de julio, 15 de diciembre, seis veces y 30 de julio. ¿Quién voto aquí? ¿Qué sociedad votó? ¿De dónde salieron los casi cuatro millones de votos? (s/p)

Hizo creer abyectamente el carismático líder que la única sociedad civil, es aquella que representa la mayoría de los marginados olvidados del puntofijismo, pues son estos los únicos depositarios capaces de atribuirse tal categoría, quizás en parte, por la fuerte tutela alucinante y carga emocional que ejerce sobre las masas como un factor legitimador de su propio mito y poder. La invocación permanente al poder de pueblo para decidir, enmascara la visión totalizadora y homogenizadora sobre la cual se inhibe a las opciones plurales, no hay en ella alternativas posibles, sólo las que dicten los requerimientos de la tensiones políticas del momento. Yace allí el altísimo grado de dependencia que cruza las fronteras con quien detenta o quienes detentan el poder real y entre quienes simulan

tenerlo por obra y gracia de los deseos insuflados por la simbología que representa el alfa-omega del chavismo.

Ciertamente los escenarios políticos no son los mismos de los cuarenta años de democracia representativa, por lo tanto, tampoco lo son las respuestas de la ciudadanía en dos décadas del chavismo, en rigor la ciudadanía se encuentra extraviada, máxime cuando, los órganos del Estado sólo obedecen a quien los controla, no hay en la interioridad de ellos posibilidades, pues el clientelismo hace el juego, las masas inorgánicas constituye la savia que le da vida propia al mito político, quien invoca constantemente a la batalla en la esfera pública para calibrar su legitimación y la retracción de unos derechos políticos que sólo el líder y su sucesor escamotean en función de superponer la visión restringida de una democracia subyacente al autoritarismo. En tal sentido, Luis Gómez Calcaño, apunta.

El Jefe de Estado deviene así en jefe de la sociedad organizada. Se construye el corporativismo estatista, hasta en lo espacial, ya que el palacio presidencial de Miraflores ya no es sólo la sede del Poder Ejecutivo, sino el centro de la sociedad. Sin embargo, esta centralidad del Jefe de Estado no puede mantenerse basándose solamente en el entusiasmo inorgánico de las masas dispersas. (p.331.)

Las paradojas que trae consigo la afirmación anterior y que envuelve a las democracias reales, sobre todo a la muy sui generis democracia venezolana, gravita sobre el acceso desigual al poder, pero también supone un invertido ejercicio de la ciudadanía, de apropiación de la esfera de lo público personificado en esa figura escatológica sobre la cual se funde el actual modelo sociopolítico instaurado desde 1999, con el cual derrumba e invierte los significados del modelo anterior, sólo que ahora, dispone del 30% adhesión (voto duro), de recursos publicitarios, dádivas y capital simbólico entremezclados para satisfacer la falacia de una sociedad organizada (desarticulada) según los deseos del líder.

El asunto va más allá de la relación objetiva entre ciudadanía y poder, se sitúa en las ventajas que reporta la renta internacional del petróleo, combustible que apuntala los arreglos mediante los cuales se materializa la acción política autoritaria. Por consiguiente, desde el Estado que encarna el jefe se establecen las reglas y los límites para sus

acciones, bien sea para aliviar las tensiones mediante imposiciones o para exacerbarlas según sea la premura que requiera la movilización de las masas populares.

Al conducirse en esos términos el esquema de la ciudadanía invertida (democracia popular), la toma de decisiones se hacen más formales que reales, se asiste entonces, a tendencias paralizantes condicionadas por la capacidad distributiva del ingreso nacional de que dispone el Estado y por los intereses del grupo que usufrutua la nueva clase política para satisfacer poderes ocultos que acaparan la riqueza y poder. Obviamente, no es novedosa tal cosa, sino que parece estar presente en la genética del sistema político venezolano; como en efecto lo evidencian las experiencias del siglo XIX, y las que hemos tenido en el siglo XX. Allí podrían encontrarse los contornos que han definido el carácter mínimo de la democracia y el alarde que hace el actual gobierno.

Quizás una de las maneras de entender la democracia y la ciudadanía en los últimos sesenta años, pasa de manera inequívoca por la creencia de su carácter excesivamente paternalista y delegativo, depositamos nuestros derechos en las instituciones encargadas de la mediación entre Estado y sociedad o bien lo depositamos en un mesías, en pocas palabras, esperamos que resuelvan quienes controlan al proveedor o quien lo encarna, de hecho, lo consagramos como un deber constitucional para convertirse en una suerte de espada de Damocles que ha impedido que el organizaciones civiles alcancen espacios de poder alternativos y autónomos frente al Estado. Hugo Quiroga sostiene

De manera global, entonces, los derechos de los ciudadanos-políticos y sociales permanecen condicionados por espacios que resultan cada vez más estrechos para su ejercicio efectivo. (p.198.)

El hecho de la presencia de elementos condicionantes impulsados o no desde el Estado, restringe los espacios de autonomía de la ciudadanía, máxime cuando financieramente mantiene está un carácter de dependencia con respectos a los ingentes recursos provenientes de la extracción del oro negro. Miremos los vaivenes de la relación democracia-renta, la consiguiente y estrepitosa crisis del modelo económico que sufre la nación desde el viernes negros, para comprender el porqué del tutelaje en que se encuentra sometido el ejercicio de la ciudadanía, los partidos políticos y las inclinaciones autoritarias que emergen de esa relación, cuya naturaleza permanente o no abona el terreno para que surjan salidas o liderazgos mesiánicos, sobre los cuales recurrentemente

cabalgan los discursos de adulación al pueblo y el decálogo autoritario. En efecto, escribe Juan Carlos Rey.

Este (hombre nuevo), es un ente verdaderamente mítico, adornado con toda clase de virtudes, pues será un ser comunitario, generoso, cooperativo, solidario e igualitario, que desprezará las riquezas, y que sustituirá al hombre actual que está en gran parte corrompido, por ser producto del puntofijismo y el capitalismo. (p.26.)

El Discurso no construye (hombres nuevos), más bien sus significados adulan y alucinan, para tutelarlos, vaciando de contenidos a la ciudadanía para dar paso a tentaciones que distorsionan la pluralidad haciendo de la práctica política consensuada cada vez menos pertinente, tal como se expresa en el mito del poder originario de las elegidas asambleas constituyentes, léase la del 1999 y la actual de 2017, que no tienen nada que ver con las posturas clásicas de la democracia y mucho menos con la praxis política de la ciudadanía. En ese sentido Juan Carlos Rey precisa.

Pero una vez que el mismo pueblo aprueba la Constitución, el poder constituyente cesa en sus funciones y entra en una especie de hibernación, para que, a partir de entonces, solo actúen los poderes constituidos, conforme a la Constitución y leyes. Pero, según Chávez, ese mítico poder constituyente originario, que se supone permanentemente activado, no corresponde a todo el pueblo sino que coincide con las masas chavistas. (p.28.)

Como ha venido ocurriendo, al considerarse a las masas como ciudadanos incompletos sometidos a un estado de hibernación, que sólo salen del caparazón cuando los espasmos o los caprichos del chavismo así lo ameritan, también es cierto, que lo ideológico los coloca como protagonistas políticos para colocar en minusvalía a aquellos sectores sociales opuestos al régimen. En ese particular, el actual gobierno apela al poder constituyente como una vía de escape para instaurar reformas, para desvanecer y combatir la crisis de ingobernabilidad con la ficción del poder soberano y la democracia popular, tratando de dar coherencia a los espurios actores que recrean el mito creado y su bandera el “socialismo del siglo XXI”, con ello se aplasta el pluralismo condenando cualquier posibilidad de alianzas alternativas que permita alcanzar la gobernabilidad y el retorno a la política consciente.

Los extravíos de la ciudadanía, así como las limitaciones que se le imponen a la democracia, alertan sobre las paradojas que enfrenta, no se trata solo de los aspectos formales que las guían sino de la fatalidad que contienen las relaciones clientelares que actúan de suyo para distorsionar, bloquear y quebrantar la realización ideal que ambas categorías poseen. Veamos por un momento lo que expresa el patriarca de la “revolución bolivariana” a propósito de la intención de reforma constitucional en el 2007.

[...] Se trata de la concepción que tenemos los socialistas acerca del Estado, del sistema de propiedad y de la participación de pueblo, frente a la vieja concepción de la Cuarta República inspirada en el control que tienen los grupos económicos poderosos y el imperialismo, sobre nuestro país. *Ellos son una cosa y nosotros somos otra; pero en definitiva, eso lo resuelve con su voto.* (p.7.)

Calibra el hombre fuerte, su potencial manipulador sobre las masas para reproducir la superposición de sus deseos con las tareas en, cierto modo, heroicas que debe asumir el pueblo sin enjuiciar los acomodos sospechosos que giran en torno a lo que llaman proceso revolucionario, mientras se prioriza la promesa, sus manifestaciones clientelares sostenidas en prebendas y beneficios que les reporta tal adhesión; por consiguiente, no constituye esto la libertad política consciente de las masas populares, antes bien se trata de una concepción de la ciudadanía trucada, manipulada, que vende espacios condicionados de participación directa sujetas a la vara de los escuetos líderes del chavismo para imposibilitar cualquier mecanismo que conduzca a la distensión social, a la mediación. Como, en efecto escribe Hugo Quiroga:

[...] no se trata solo de votar (lo que nos es poco), sino de reconstruir mediaciones institucionales capaces de encarar los problemas de la desigualdad. (p.196)

Resulta pertinente la afirmación de Quiroga, pues el arma formal de legitimación de la democracia, el sufragio, contradictoriamente potencia el carácter autoritario del mesiánico líder, quien con sus recurrentes propuestas de reivindicadoras de los sectores olvidados promete borrar la desigualdad, sin que medie en ello mecanismos para distensión social y el encuentro, reproduce todo lo contrario las asimetrías en cuanto al desigual reparto del poder y la riqueza nacional. Así construye el chavismo, su alquimia del poder popular que tantos beneficios políticos les ha reportado al régimen, sin detener la

polarización social.

La alquimia del poder popular

Podríamos suponer a primera vista que existe una desconexión entre la ciudadanía y la democracia, cuando la venezolana atraviesa una crisis profunda, cuyas salidas aun parecen inciertas. Lo cierto del caso es que el chavismo derrumbó los mecanismos de encuentro y conciliación que se habían mantenido por cuarenta años, obvia su carácter policlasista y plural para engendrar una alquimia política a su estilo que se mueve en función de la reproducción mítica casi religiosa con el patriarca, para identificarla con el esperpento del “socialismo del siglo XXI” y su ficticia democracia directa y ciudadanía ocluida, la cual adorna con toda suerte de virtudes e incluso de un carácter épico, así lo determina en términos ambiguos, el Presidente Hugo Chávez en octubre de 2013.

El modelo de sociedad original de la Venezuela del siglo XXI está concebido con el criterio un sistema de gobierno que abra con amplitud ilimitada los espacios *el control del poder para tomar las decisiones su vida diaria y su destino histórico necesarios donde los pueblos, la masa popular, se despliegue creativa y eficazmente, y obtenga.* (p.75)

Al atribuirle un carácter épico al pueblo, olvidó el Presidente Chávez la universalidad que supone la ciudadanía y la democracia como principios básicos para alcanzar la libertad política y la igualdad, desconoce los derechos políticos de la otra parte del tejido social que compone la sociedad venezolana, compacta al pueblo en una unidad que no es reductible al interés general, entendiéndolo como si fuese real esa sociedad que pinta como un cuadro utópico, capaz de alcanzar un ilusorio destino manifiesto. Como realidad concreta e incuestionable en las barriadas populares, en los caseríos y pueblos son débiles las prácticas ciudadanas, pues lo que domina es el para Estado, la ley del más fuerte con unos patrones de solidaridad automática entrelazados con la sobrevivencia e inclinaciones autoritarias aquilatadas por las desatenciones del Estado.

No atina el jefe de la “revolución bolivariana, en los contornos que entraña la realidad que se debate entre la promesa y la realidad concreta, una realidad acogotada por un dispendioso personalismo, más dañino que benefactor, para aplastar los espacios de

autonomía económica, cultural y política que conduzca a la sociedad por los senderos de la libertad y del ejercicio ciudadano autónomo ante el Estado.

Configura el chavismo una ciudadanía y una democracia metafísica entre poderes opuestos que entran de manera inevitable en conflicto, al no haber espacios para el consenso, cuya naturaleza se encuadra en la carácter figura mítica del líder, pues es él, la representación simbólica del disenso de una democracia popular cautiva, ambigua y sin significados reales; recordemos los oscuros acontecimientos de abril de 2002, cuando con cruz en mano llama a la conciliación ante una sociedad encrispada, partida en dos para materializar el cerco sobre ella y limitar los espacios del ejercicio universal de la democracia. A contracorriente superpone otra opción. Veamos entonces, como lo expresa Hugo Chávez.

Se trata entonces, de un verdadero y auténtico sistema democrático, cuyas instituciones y procedimientos trasciende con creces la minusvalía y el estado de sobrevivencia al que los gobiernos populistas llevaron a la democracia en América Latina. *“Todo el poder para el pueblo” es una consigna válida que debe orientar el proceso democratizador hacia la sociedad proyectada en el horizonte objetivo.* (p.75.)

Niega Chávez y el chavismo sin él, la urdimbre de su rancio populismo autoritario para vender la falacia de la democracia directa que ellos edulcoran, pues los espacios de participación en la toma de decisiones que le atribuyen al poder del pueblo, no son gestados desde adentro de las comunidades, barriadas populares, urbanizaciones, sindicatos, gremios o partidos; son direccionados, financiados, ordenados y cohesionados en la esfera del poder personalista, allí se controlan, se dibuja el espectro de colectividades que bajo el pretexto de reconocer sus diferencias con respecto a la otra parte de la sociedad, reproduce un proceso de “guetización” de lo político mediante las organizaciones creadas desde arriba, a saber: los consejos comunales, las UBCH, los colectivos (organismos para Estado), etc. He allí la clave de la fragmentada “nueva ciudadanía” y de la imbricación que alude permanentemente el chavismo con su particularismo en detrimento de la universalización que supone el libre juego democrático y ciudadano. De hecho, produce un efecto contrario, determinado por la intolerante y fanatismo.

Los significados que esto adquiere sin duda alguna, jalonan la democracia y la ciudadanía hacia derroteros, quizás poco calibrados por los grupos opositores, pues con-

vierte el chavismo al pueblo disponible, en objeto de una soberanía que desata los lazos de integración social que se habían logrado durante el puntofijismo, nadie niega en su sano juicio los derechos políticos de las masas, tampoco su capacidad creativa, pero resulta inaceptable, que en función de la soberanía de las masas se suelten los demonios de la intolerancia y la antipolítica que ha permeado tanto a los partidos como a la sociedad en general. Sin embargo, se descubren al mirarse sin rubor en su propio espejo, veamos lo que pregonan.

En efecto, los gobiernos y los partidos populistas predicán la participación con el “concepto” de propina, de forma tal que la condenan a ser fin de sí misma, con límites tan estrechos y rígidos que impiden a la sociedad civil intervenir en la toma de decisiones. [...] Como consecuencia de esto, los pueblos no pueden tomar parte en el diseño y/o selección de planes y proyectos que jalonan su marcha histórica. (p.66-67)

Efectivamente, el accionar político y el maridaje con las masas que sostiene al actual modelo sociopolítico, alude también a esas prácticas que han ejecutado constantemente en los últimos veinte años, de hecho, como si fuera poca cosa, muestra la soga en casa del ahorcado con sus mecanismos rígidos y verticales para torcer la poca o mucha confianza que pudiesen tener estos sectores populares en torno a la democracia y la ciudadanía, incluso como parte de la retórica discursiva los incluye en una sociedad civil proclive a las formas autoritarias del ejercicio del poder, cuando niegan al bipartidismo y a sus sistemas de integración, cuando Chávez expresa lo siguiente.

[...] la llamada “democracia representativa” no ha sido más que un artificio a través del cual se ha dominado a nuestros pueblos. [...] Pero el objetivo estratégico debe ser la democracia popular bolivariana como sistema de gobierno. Y más aún, como expresión de la vida económica, social y cultural del modelo de sociedad original robinsoniano. (p.76.)

Entiende perfectamente el gobierno bolivariano los artificios que ha utilizado en los sectores populares para adormecerles y domesticarles, para desmemorar ese proceso de movilidad social profundizado desde 1958 que tantos frutos dio al país como expresión de esa cultura cívica derivada de la democracia representativa, apelan a un anacronismo que ni siquiera logran definir con claridad para montar en la retórica esa

entelequia de democracia popular bolivariana y sociedad original robinsoniana, para ellos fuente natural de su incalificable utopía, sin comprender que la Venezuela de hoy, no es la misma del siglo XIX.

La alquimia que presupone la “revolución bolivariana” y su democracia incongruente está entrecruzada con el capital mítico del líder, lo que llaman la épica sociedad original robinsoniana y el pueblo; según ellos, este último tiene la tarea de ser artífice de la nueva ciudadanía y del poder protagónico, que si bien, se vale de las reglas formales de la democracia, destruyen al mismo tiempo sus contenidos universales, máxime cuando la antipolítica ocupa el lugar central en las tensiones generadas en el cuerpo social. Veamos lo que expresa al respecto el líder de este rancio populismo autoritario.

[...] el pueblo como depositario de la soberanía debe mantener su fuerza potencial lista para ser empleada en cualquier momento y en cualquier segmento del tejido político, para reparar daños a tiempo, para reforzar algún desajuste o para producir transformaciones que permitan el avance del cuerpo social en dirección estratégica autoimpuesta. (p.77)

Vemos como el germen de la aérea nueva ciudadanía, supone la negación del otro, para hacer creer que el pueblo cautivo posee la capacidad mágica de arreglar las distorsiones que el propio sistema crea, mientras los asfixia y sofoca con un discurso generador de una violencia disuasiva con el cual pretende acorralar e inmovilizar al cuerpo social, mientras les impone un rol político que enmascara las inclinaciones autoritarias del hombre fuerte a través de las imágenes que cuelgan en buena parte de las edificaciones y oficinas públicas, bástese con echar un vistazo para comprobar el talante domesticador que describen los retratos del líder bolivariano, es la autoridad, la falacia de un orden social inexistente, el designio autoimpuesto, núcleo central sobre el cual se teje el juego político para sustraerle espacios de acción a los sectores sociales refractarios al influjo propagandístico de los nuevos dueños del poder.

La valoración de lo que expone el líder de la revolución bolivariana, recurrentemente utilizado, también por su sucesor, no es compatible con la disolución de las fronteras de la polarización, aun cuando, la crisis brutal que azota a los venezolanos no deja huesos sanos en toda la estructura social, pues se cierran las rendijas al ejercicio no formal de la democracia, destierra los preceptos que condujeron al puntofijismo, sin que al parecer

emerjan de sus cenizas alternativas viables, contrapuestas al nefasto modelo político implantado con la misma herramienta de 1958, el sufragio.

El chavismo con su visión contrapuesta amigo-enemigo, ciertamente tuerce la vara de la democracia cuando construye su ingeniería utópica cohesionada con elementos emocionales y míticos en los cuales adula a las masas desposeídas, haciéndoles creer en un horizonte de ciudadanía popular donde los mecanismos utilitarios como las misiones, consejos comunales, clientelismo y patronazgo juegan en el ajedrez de lo que consideran poder del pueblo o el indefinido socialismo del siglo XXI, para quebrantar moralmente a los marginados históricos, y permear a los otros sectores sociales que también esperan la llegada de un mesías que pueda sustituir en el poder al actual gobierno.

Sin embargo, Hugo Chávez y su sucesor, saben dónde está la debilidad de las mayorías disponibles, la avizoran en el escenario de la antipolítica para expresarla en estos términos.

[...] Todo el poder para el pueblo es una consigna perfectamente válida que debe orientar el proceso democratizador hacia la sociedad proyectada en el horizonte objetivo. (p.75.)

Los significados de este fragmento nos conduce a ese carácter de inmunización que pone a prueba el chavismo frente a la otra parte de la sociedad, las mayorías disponibles las niegan porque son los enemigos en la parte que les toca de la renta petrolera, de tal manera que no conquistan espacios de participación política, sino que son concedidos desde las alturas del poder, se les abre como parte del paquete de la democracia popular, de esa utopía que proyectan en el horizonte, la cual probablemente sienten como real y verdadera.

Buena o mala la intención, lo cierto es que esa creencia enquistada entre las masas, ahora puesta a prueba por la crisis que amenaza con estallar los cimientos de convivencia ciudadana con una respuesta irracional, se sustenta en esos componentes míticos que han ido tomando cuerpo, quizás no tan fuertes como en la primera etapa del gobierno chavista, pero aún están omnipresente como una marca que puede torcer el rumbo de las posibles alternativas de retorno a la democracia.

A manera de conclusiones

Mirar la realidad sociopolítica venezolana y llegar a conclusiones a priori, significa tener respuestas que aluden sin duda a interrogantes, entre ellas: ¿Qué hará un hipotético nuevo gobierno cuando las masas disponibles reclamen la renta recibida por veinte años?, ¿Tendrá alternativas distintas, sociales, políticas, educativas y económicas para satisfacer las demandas?, ¿Logrará el nuevo gobierno garantizarles espacios políticos para la participación y toma de decisiones que permitan la integración social?, ¿Logrará un consenso nacional para orientar a la sociedad venezolana hacia el cumplimiento de las leyes?, ¿Logrará el nuevo gobierno la integración de la ciudadanía en función de bajar los niveles de distensión social?, ¿Seguiremos buscando soluciones a los problemas de la sociedad pensando en mesías?. Todas ellas son retos que están allí como un pesado fardo, el momento es acuciante, desde luego, tampoco hay soluciones, ni respuestas mágicas.

Lo cierto es que habrá que desmontar el conducto clientelar del chavismo, pero tampoco construir otro semejante al pasado porque correríamos el riesgo de reproducir el guion que permitió la crisis de la democracia representativa y el ascenso de este rancio populismo convertido en autoritarismo.

La presencia en la democracia venezolana del imaginario mesiánico, no ha sido un utillaje del tiempo presente, por el contrario, hemos buscado padres en otros momentos históricos, Bolívar, Guzmán Blanco, los padres de la democracia y ahora Chávez; las simbologías que esto ha tenido, si bien sirvieron para legitimar al sistema sociopolítico también han creado factores que impiden el desarrollo autónoma de la sociedad ante el Estado.

Ahondar en estas reflexiones supone una mirada distinta en cuanto a las maneras de entender la democracia y la prácticas de la ciudadanía, el reto que esto entraña, va por una sola vía, acuerdos globales mínimos en torno a lo económico, lo social, educativo, cultural, la aplicación de la ley y sobre todo de la reinención de la política bajo los términos que demandan la actual realidad, ese es el gran imperativo.

Fuentes

- Carballo Gastón y López Maya, M. (1998). *Crisis del sistema político venezolana*. Cuadernos de Cendes. Ed Vadell hermanos. Caracas.
- Chávez, Hugo. (2007). *Reformar y batallar por el socialismo del siglo XXI*. Ed socialismo siglo XXI. Caracas. (2002) Aló Presidente. Programa de radio y tv. 27-05-2002. Caracas
- Mc Coy Jennifer, Myers David. (2007). *Del Pacto de Punto Fijo la chavismo*. Ed el Nacional. Caracas.
- García Pelayo, Manuel (1968). *Mitos y Símbolos políticos*. Madrid. Ed Taurus. Caracas.
- Gómez Calcaño, Luis. (2005) *Actores y modelos de sociedad en la transición sociopolítica de Venezuela*. Venezuela. Visión plural. Cendes, bid & co editor. Tomo I. Caracas.
- Quiroga Hugo, Patrice Vermeren, Cherescky. (1999) *Filosofía de la Ciudadanía*. Ed Homo sapiens. Buenos Aires
- Rey, Juan Carlos, Avelado Guillermo. (2009). *Actualidad de las formas irracionales de integración política*. Ed Fundación Manuel García Pelayo. Caracas.
- Rey, Juan Carlos. (2009). *Mitos y política. El caso Chávez en Venezuela*. Fundación Manuel García Pelayo. Caracas.
- Stambouli Andrés. (2009). *La política extraviada. Una historia de Medina a Chávez*. Ed Cultura urbana. Caracas.
- Urbaneja Diego Bautista (2012). *La renta petrolera en la historia de Venezuela*. Ed ANH. Edición Centenaria. Tomo XCV. Caracas.
- Torres, Ana Teresa. (2006). Consideraciones acerca de la conciencia intelectual. Discurso de Incorporación como Individuo de Número. *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, LXXIII-LXXIV, 197-198; 87-100.
- Vallenilla Lanz, Laureano. (2000). *Cesarismo democrático*. (1ª ed. 1919) Ramírez Cubillán, Gonzalo [Prólogo]. Caracas: Eduven.
- Veyne, P. (1989). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Madrid: Alianza.

White, H. (1992). *El contenido de la forma*. (Trad. Vigil Rubio, J.). Barcelona, España: Paidós Ibérica. Trabajo original publicado 1987.